

# HERALDO DE MURCIA

DIARIO DE LA NOCHE

Año I.

Oficinas: Alfaro, 6, accesorio  
Talleres: Caravija, 20.

Dos ediciones diarias

Precios: (Murcia, 1 pta. al mes  
(Fuera, 3 trimestre)

Núm. 490.

MURCIA 8 NOVIEMBRE DE 1898

## LA JUSTICIA en España

Casos ocurren frecuentemente en la administración de justicia en España, que producirían explosión de cólera en la opinión, si aquí esa opinión existiera, si la indiferencia y la pasividad de los gentes no hubiesen llegado a extremos tales, que solo paradójicamente puede afirmarse que haya aquí resto siquiera de país.

Nuestra provincia es actualmente testigo de uno de esos casos, seguramente uno de los más horribles que registrarán en estos últimos tiempos los anales de la justicia humana.

Nos referimos al desventurado Manuel Rejo Balcalá, el «homicida inocente», recluido en el penal de Cartagena por un delito de homicidio, del que el jurado declaró culpable a otro hombre en la Audiencia de esta capital.

Con motivo de este fallo, que evidenciaba de un modo absoluto la inocencia de Rejo, víctima de un lamentable error de un tribunal de marina, se entabló el recurso de revisión ante el Tribunal Supremo, y diferentes veces se ha dicho, una de ellas recientemente, que en un plazo de breves días, recobraría la libertad el hombre honrado que jamás debió ser privado de ese don a ningún otro comparable y al que tiene por su inocencia perfecto derecho.

Peró pasan los días, los meses pasan y el momento ansiado no llega y aquí donde son tantos los criminales que pasean tranquilamente por las calles, y a los que todos otorgamos nuestro saludo aunque todos los conocemos, Rejo Balcalá continúa encerrado en presidio, sentina inhumana, asilo de delinquentes, donde solo deben permanecer para expiar sus culpas los que violan con la comisión de un delito las leyes divinas y humanas.

Y sin embargo el hecho monstruoso, que eriza los cabellos y produce escalofríos a poco que sobre él se medite y reflexione, no nos preocupa ni aun a los que tan cerca lo tenemos; no levanta polvaredas de protesta en la opinión; ni se habla de él la centésima parte de lo que se habla de la disidencia de Gamazo ó de los trabajos de Martínez Campos para lograr una concentración de fuerzas conservadoras, que continúe la política funestísima y calamitosa del turno, que nos ha llevado a los abismos de perdición y de descrédito en que hoy nos vemos despeñados.

Y sin embargo, ese hecho de un hombre inocente, de un ciudadano honrado, que después de patentizada su inocencia, de proclamada esta solemnemente desde el momento en que otro hombre es declarado culpable del delito de que se le acusaba, continúa meses y meses y casi años privado de libertad, confundido con los criminales; ese hecho, repetimos, debiera haber sido bastante a unir en Cartagena, en Murcia, en la provincia entera, todas las voluntades y todos los esfuerzos y todas las energías, en demanda de justicia, de reparación, de sanción al agravio torpe e inconscientemente inferido a la sociedad.

El que ese hombre permanezca un día más en presidio, es cosa que debe inspirar indignadas protestas a todos los hombres honrados; pues cuando es tan elevada y suprema como en el caso presente la exigencia de la justicia, toda dilación es criminal y atentatoria a los fueros de la humanidad más respetables y más sagrados.

En días pasados, visitando la cárcel de esta ciudad, vimos en ella a un pobre anciano, de ochenta años próximamente, el cual lleva sufridos catorce meses de prisión preventiva, por el delito de que se le acusa.

Este pásmense nuestros lectores, no es otro que un hurto de oliva; seguramente de unos cuantos celemines.

Y contemplando el triste aspecto de aquel desventurado anciano, arrebatado a su familia, a su humildísimo hogar, ya en los umbrales del sepul-

cro, le comparábamos con tantos bandidos como se enriquecieron a costa de la fortuna pública ó a costa del sudor de infelices gentes, y a los que vemos mimados por la fortuna, adulados por cuantos les rodean, disfrutando de todas las comodidades y placeres de la vida.

Y pensábamos que el pobre anciano, para realizar aquel insignificante delito, quizás se viese estimulado por el hambre, por la miseria; mientras estos grandes malhechores, solo por la codicia sordida fueron guiados a la consumación de sus crímenes sin sanción y sin castigo.

Ante ejemplos tales, hay motivos más que suficientes para abominar de la justicia de los hombres, que tales iniquidades comete, al amparo de leyes por esos mismos hombres confeccionadas.

## DECLARACIONES de CANALEJAS

La reunion de amigos del Sr. Canalejas se celebró el domingo en la tarde en un salon particular de Hellín, porque el estado de guerra impidió celebrar la sesión pública en un teatro.

Después de explicar el Sr. Canalejas su silencio, en vista de la negativa con que el Gobierno recibió su consulta sobre las reuniones públicas, expuso datalladamente y con gran elocuencia la gravísima situación que atraviesa el país, sin apoyo ni amparo en sus relaciones internacionales, agobiado por una crisis financiera, con unos partidos atacados de descomposición y combatidos por disidencias sin bandera, desarrollándose gérmenes separatistas y sufriendo la lucha de ambiciones personales y de antagonismos entre los elementos civiles y militares.

Recuerda lo que escribió desde los Estados Unidos augurando un desastre si España llegaba a aceptar la guerra con los yanquis.

Como resultado de sus observaciones de viaje, dijo que obtuvo la triste seguridad de que era imposible mantener nuestro dominio en Cuba, y habló de ello a los ministros y a otros personajes, callando contra su deseo, porque se le dijo que se revelaba su opinión y hablaba claro en aquellos momentos, sería en perjuicio de los intereses nacionales y estimularía a los enemigos de la patria.

Recordó los criterios que inspiraron su conducta en los ministerios que desempeñó en los últimos diez años, y en el de Hacienda, que ocupó solo durante tres meses, y dijo que su criterio respecto del presupuesto de la paz, de las instituciones militares y de los asuntos coloniales lo mantuvo varios años dentro del partido liberal, pero rehuyendo posiciones oficiales.

La campaña de Filipinas y los documentos del general Polavieja sobre Cuba le sorprendieron y le revelaron las excepcionales condiciones del ilustre general.

Decidido éste a concertar las fuerzas neutras del país para acometer la obra de reconstituir la patria, el señor Canalejas cooperó al manifiesto, y él y con él sus amigos se mostraron dispuestos a secundar al general Polavieja con desinterés y lealtad, sin participar del poder.

El Sr. Canalejas comprendía y aplaudía que el general sumase las fuerzas sanas de todos los partidos agrupándolas bajo su programa y su jefatura.

Durante los últimos días del mes de Octubre, por negociaciones desconocidas del Sr. Canalejas, se dijo que aceptaba el Sr. Silvela el programa de Polavieja, y éste la cartera de Guerra en una situación presidida por Silvela.

A juicio del Sr. Canalejas, esto no sería coalición, sino para robustecer el partido conservador, y como el señor Canalejas se ha inclinado siempre hacia la izquierda del partido liberal, nunca hacia la derecha, la fusión con estas fuerzas conservadoras sería incompatible con sus declaraciones.

Analizó después el programa del

general Polavieja, demostrando que es más radical que el programa de los liberales.

Esta parte del discurso, por su novedad, despertó vivísimo interés.

Respecto de la union con el Sr. Sagasta, expuso que nada se le dijo ni él ofreció. El Sr. Canalejas juzga poco serio salir y entrar en los partidos obedeciendo a cábalas personales.

Las concentraciones de los conservadores, y lo mismo las de los liberales, sólo se justifican por actos públicos y por compromisos de inmediata realización, nunca por palabrería ni arreglo de carteras.

Mientras el general Polavieja sostenga su jefatura y su programa, el Sr. Canalejas, que aprobó las ideas y la persona, seguirá apoyando a ambas.

En el caso de que se mueva una concentración conservadora, si se organizara otra concentración liberal con bases democráticas y con una rectificación de las causas que han traído los actuales desastres, podrían haber inteligencias honrosas a título de absoluto desinterés.

Peró si se trata de la concentración de unos cuantos personajes más ó menos gastados que no traieran nada práctico para bien del país; si todos los elementos sociales no concuerdan penetrados de la necesidad de grandes sacrificios, no coadyuvará a esa obra.

Puntualizando las ideas, el Sr. Canalejas se fijó mucho en la apremiante necesidad de llegar a un arreglo de la Deuda pública, de las Clases pasivas, etc.

Al precisar las causas de que se acentúan ahora las tendencias regionalistas, hizo una crítica muy dura de los sistemas administrativos seguidos durante estos últimos años.

Recordó que en su última campaña parlamentaria sobre los desastres de la guerra mantuvo un criterio contrario a la censura, a la suspensión de garantías y el ataque a la inmunidad parlamentaria.

Terminó pidiendo al partido liberal que repare los graves errores cometidos, y haciendo votos por que los Gobiernos se compenentren del sentido íntimo de la voluntad popular, asegurando las libertades públicas y salvando de la ruina a la patria.

## DESDE MADRID

### CALMA POLITICA

Sr. Director del HERALDO DE MURCIA.

Muy Sr. mio: El día de hoy ha sido de completa calma política.

Signen manoseándose el tema de las componendas e inteligencias, pero sin que de esto resulte en concreto por ahora nada más que los rumores de aproximación del Sr. Canalejas al Sr. Sagasta, si este se decide a ampliar el programa liberal.

Los amigos de Weyler, pusieron ayer más empeño que nunca en desmentir la supuesta inteligencia con el Sr. Sagasta, pero los ministeriales hacen entrever esperanzas de que se llegue a ella en un plazo no lejano.

Pudo notarse ayer también que los ministeriales que hace pocos días no hubieran apostado la cantidad más insignificante a favor de su continuación en el poder, daban como seguro que el señor Sagasta, una vez firmado el tratado de paz, reconstituiría el gabinete, presentándose después a las Cortes para discutir extensamente, previo el levantamiento de la suspensión de garantías; y aún afirmaban que de las discusiones había de salir triunfante el actual jefe del gobierno, con lo que su vida ministerial se prolongaría bastante más de lo que profetizan sus enemigos políticos.

Claro es que todo esto son castillos en el aire que cualquier incidente puede derribar.

### LA CUESTION DE FILIPINAS

Las mismas impresiones que en los días anteriores, acerca de esta cuestión, dominaban en todas partes.

La noticia de que en la prensa extranjera se acentúa la hostilidad contra los Estados Unidos por sus inmoderados afanes expansionistas y se aboga por una

acción colectiva de las potencias que ponga coto a aquellos, distinguiéndose en esta actitud la prensa alemana, no modificó en lo más mínimo esas impresiones. Lo que la prensa extranjera dice, no pasa de ser buenos deseos y dictados de la razón y de la conciencia que no se traducen ni se traducirán en hechos por los gobiernos respectivos.

Tolerado con la más absoluta indiferencia el despojo de Cuba y Puerto Rico y tan avanzadas las negociaciones que se siguen en París, no hay que confiar en que las potencias, que gustan de hacer todo muy despacio, vayan ahora a salir en nuestra defensa.

En los centros oficiales habiéndose de esto se decía que nada autorizaba para tener esa esperanza.

Los despachos de París y Londres dicen que son más optimistas para España las noticias que se reciben referentes a la marcha de las negociaciones de la paz.

Suyo affmo. El corresponsal.

## LOS ZAPATITOS

Viajaba yo años atrás por la Irlanda, en compañía de varios amigos.

Si algo puede producir aterradora impresión de la aridez y de la miseria, es el país de Condemara. Un inmenso dolor pesa, al parecer, sobre aquel desdichado rincón de tierra. No hay allí cultivo alguno y solo de cuando en cuando se encuentra una que otra miserable casucha formada por cuatro paredes de piedra y un techo negruzco y bajo, del que sale un tenue hilo de humo.

Quando se pasa por una de esas pobres viviendas, preséntase ante el viajero un grupo de niños de cinco a doce años, descalzos y andrajosos.

Las infelices criaturas lanzan extrañas exclamaciones en lenguaje medio irlandés, medio inglés: echan a correr detrás del coche, al que acompañan durante mucho tiempo, y se fatigan y se atropellan y gritando siempre a coro:

—Un penique, caballeros, un penique por piedad!

A las once de la mañana estábamos a punto de llegar a Oughterar, cerca del lago Corrib, lago sembrado de islas, tan numerosas, al decir de los habitantes del país, como los días del año.

En Oughterar debíamos almorzar. Hacía ya más de una hora que una niña de diez ó doce años seguía nuestro carruaje.

Era una criatura muy agraciada, morena y de grandes ojos azules. Sus pies descalzos, notablemente pequeños y elegantes, parecían volar por el polvo de la carretera. ¡Pobre muchacha! Partía el corazón verla en aquel estado de miseria.

La niña lanzó de pronto un grito y cayó de bruces.

Inmediatamente hicimos detener el carruaje y vimos que lo ocurrido carecía de importancia. La pobrecilla, al tropezar contra una piedra, se había herido levemente el pié, del que brotaba un poco de sangre.

Le preguntamos quien era y de donde procedía, y nos dijo que se llamaba Betsy y que vivía en Oughterar.

Además le dijimos que subiera al carruaje y que la acompañáramos hasta su casa.

Betsy nos miró con asombro y tuvimos que repetirle la invitación.

¡Qué alegría! La muchacha nos dirigió una mirada de gratitud y se sentó a nuestro lado. Era la primera vez en su vida que iba en coche.

Al cabo de diez minutos estábamos en Oughterar, pobre aldea compuesta de veinte casas.

Quando bajamos del carruaje di dos chelines a la niña, la cual no podía dar crédito a sus propios ojos.

Como cojeaba un poco, pensé que la llaga del pié podía encocharse y entré en una zapatería, la única de la aldea — y le compré un par de zapatos.

Betsy me seguía con la mirada a través de los cristales de la tienda, y

quando le entregué los zapatos diciéndole que eran para ella, ni sabía lo que le pasaba, ni se atrevía a aceptarlos. Alargaba la mano y luego la retiraba, creyendo que era víctima de un engaño. Convencida al fin de la verdad, cogió los zapatos y echó a correr saltando de alegría y sin darme siquiera las gracias.

Sin pérdida de tiempo fui en busca de mis compañeros, que estaban ya sentados a la mesa de la posada.

Habíamos acabado de almorzar e íbamos a subir al carruaje, cuando se nos presentó Betsy.

—Venga usted, caballero — me dijo: venga usted.

—¿Y adonde quieres llevarme?

—A mi casa, que está ahí al lado.

La seguí en union de mis compañeros, los cuales no volvían de su asombro.

Betsy nos condujo por una callejuela y nos hizo entrar en una casucha que no tenía mas que dos miserables habitaciones. En una de ellas hilaba una anciana, que era la abuela de la niña.

Al entrar tres cochinillos negros se refugiaron bajo las dos únicas sillas que había en la casa.

Veíase en un rincón la cama de la abuela y al lado la de la niña.

En un sencillo escaparate, compuesto de dos tablas, figuraba una imagen de San Patricio, junto a la cual había colocado Betsy los zapatitos que acababa yo de comprar.

La infeliz miraba con reconocimiento y admiración, como si se tratara de una reliquia.

—Quiero que te los pongas — le dije sonriendo.

—No, señor; son demasiado hermosos y elegantes — me contestó.

Dimos unas cuantas monedas de plata a la abuela y nos despedimos de Betsy. Pero la niña no quiso abandonarnos todavía y nos acompañó hasta el carruaje, al que siguió durante largo rato con los ojos.

Al cabo de un mes volvimos a pasar por el mismo sitio en sentido inverso, es decir, desde Clifton a Galway.

Allí nos detuvimos como la otra vez.

Como no habíamos encontrado a Betsy, antes de abandonar a aquel país, que no debía yo volver a visitar en mi vida, quise ver de nuevo a mi simpática protegida.

Llamé a la puerta de la pobre casa, me abrieron, entré y presenciaron mis ojos un espectáculo tristísimo.

Alrededor de la camita de Betsy, alumbrada por tres humeantes cirios, oraban unas cuantas viejas arrodilladas.

A mi llegada cesó el rezo y todas levantaron la cabeza. Una de las ancianas se puso en pié y se dirigió hacia mí. Era la abuela, que me había reconocido. Dos gruesas lágrimas rodaron por sus arrugadas mejillas.

—¡Betsy! — murmuró — ¡Betsy!...

En pocas palabras me dijo la pobre vieja que su nieta había muerto aquella misma mañana, a consecuencia de una fiebre.

Me acerqué al lecho de Betsy.

La pobre niña estrechaba entre sus manos y oprimía contra su pecho la estampa de San Patricio y los zapatitos que yo le había regalado.

—Durante toda la enfermedad — me dijo la anciana — los ha tenido a su lado y la enteraré con ellos para cumplir su última voluntad. Cree usted, caballero, que me lo pidió con mucha insistencia.

En aquel momento brotó de mis ojos una lágrima. Me incliné hacia la pobre niña y le di un beso en la frente, mientras los cochinillos negros, refugiados bajo el lecho mortuario, volvían hacia mí sus entristecidos y empañados ojos.

J. Normand.

## El desagüe de Almagrera

Dimos conocimiento a nuestros lectores en el penúltimo número, de lo ocurrido en el pozo «Cisualidad» con motivo de la apertura de una nueva galería con dirección a Sierra Almagrera, diez y seis metros por encima del socobon principal.

